

[1]

Los Movimientos de Resistencia Global

Si partimos de la premisa de que los movimientos sociales son una forma de acción política colectiva que implica la preexistencia de un conflicto que trata de resolverse a través de la movilización, hablar de movimientos sociales de resistencia global indica que algo anda mal (al menos para unos cuantos) en «nuestro» nuevo orden global.

Y es que, efectivamente, un movimiento social surge porque existen tensiones estructurales que generan la vulneración de determinados intereses —a veces muy concretos y otras difusos— y porque la voluntad de enfrentarse a esta vulneración no la asume ninguno de los otros actores colectivos existentes —ya sean partidos o grupos de interés. Además, los movimientos sociales surgen también porque hay determinada gente que no está a satisfacción del orden social existente ni de cómo se regulan y resuelven los conflictos que de él emergen. A raíz de lo expuesto a veces «esta gente» se moviliza con la voluntad de enfrentarse a la vulneración de dichos intereses a través de formas organizativas horizontales, participativas, solidarias, con un alto nivel de integración simbólica y un bajo nivel de especificación de roles... Y de ello aparece el actor político colectivo al que llamamos movimiento social.

Pero si bien es cierto que de movimientos sociales siempre ha habido... también es necesario señalar que éstos cambian su naturaleza a la par que lo hacen los escenarios sociales. Y hoy el escenario donde cabe enmarcar la movilización es en el de un mundo global.

Lo global y su impacto en la política

¿Qué es la globalización? Ciertamente, existen múltiples definiciones de este manoseado concepto. Según el Fondo Monetario Internacional la globalización es «la interdependencia económica creciente del conjunto de países del mundo, provocada por el aumento del volumen y la variedad de las transacciones transfronterizas de bienes y servicios, así como de los flujos internacionales de capitales, al mismo tiempo que la difusión acelerada de la tecnología». Con todo, a pesar de esta definición, acuñada por uno de los promotores de este proceso, existen otras menos neutrales. En esta dirección, uno de los teóricos de este tema, Ulrich Beck (1998), distingue entre los conceptos de globalización, globalidad y globalismo con el objetivo de acotar y reorganizar su campo de investigación.

Beck equipara el globalismo con la ideología y el discurso neoliberal, a saber, con esa jerga que celebra la «utopía del anarquismo mercantil del Estado mínimo» y del progreso lineal e ininterrumpido y que supone la aplicación de políticas de libre mercado y de desregularización. El segundo concepto, el de globalidad, se refiere al hecho de que vivimos en una «sociedad mundial» donde las fronteras se erosionan y existen múltiples interdependencias. Pero esta afirmación es válida en el caso de catástrofes ecológicas, en lo que respecta a la movilidad de flujos de capitales o en la penetración de los hábitos culturales patrocinados por los grandes grupos mediáticos, pero no lo es para la movilidad de la mano de obra, el disfrute de la seguridad social o el acceso a la educación. Es en este marco en el que también diversos teóricos señalan la progresiva «deslocalización» de los factores productivos y de la constante interacción entre lo local y lo global... Con todo, si bien ello puede ser cierto en algunos casos, en esta afirmación también reside algún sesgo: a menudo son los ricos los que se globalizan y los pobres los que se localizan. Y cuando no es así —piénsese en los procesos migratorios— los primeros construyen muros de contención. Y, finalmente, por globalización se designan «aque-llos procesos que tienen como consecuencia que actores transnacionales se introduzcan en las capacidades de poder, en las orientaciones, identidades y redes de los estados nacionales y de su soberanía y pasen a través de ellas» (Monedero, 1999, pp. 7-8).

De esta forma, los tres conceptos reseñados se refieren, sucesivamente, al discurso (el globalismo), a la interacción de los fenómenos en el espacio mundial (la globalidad), y a la desaparición de un orden político basado en la soberanía de los estados (la globalización). Y, con ello, nos indican la aparición de otra era, con una nueva ideología (el pensamiento único), con un espacio político dilatado (la arena política es el mundo, a pesar de que ésta se haga cotidiana en lo local), y con un conflicto donde los actores políticos hegemónicos ya no son los Estados sino que aparecen con fuerza empresas transnacionales, grupos de interés y organizaciones multilaterales que ponen en cuestión uno de los conceptos clave de la política de los últimos siglos, el de la soberanía nacional.

En esta dirección cabe preguntarnos ¿Qué control ejerce un Estado sobre su propia política monetaria, cuando está pendiente de su endeudamiento externo y sometido a las fluctuaciones de las transacciones financieras internacionales? ¿Cómo protege su seguridad un Estado desprovisto de armas nucleares y de misiles capaces de transportarlas? ¿Cómo puede salvaguardar el medio ambiente de su comunidad ante agresiones como la radiación nuclear acaecida a miles de kilómetros de su territorio? ¿Qué influencia ejerce sobre los medios de comunicación, cuando se han privatizado la inmensa mayoría de los sistemas públicos, integrados ahora en unos pocos grupos transnacionales y rápidamente adaptados a la revolución digital y a la transmisión telefónica y por satélite? En estas condiciones, el Estado se convierte en uno más de los actores políticos planetarios y pierde protagonismo. Ahora compete o colabora con una nueva constelación de actores políticos que invaden a menudo el ámbito de decisión que el Estado había considerado como propio y exclusivo (Valles, 2000).

Pero más allá de la definición de los conceptos expuestos y de la constatación de los cambios que se han producido durante los últimos tiempos, es preciso ver que en este nuevo escenario, como en todos los procesos históricos, hay ganadores y perdedores. En esta dirección cabe señalar, por ejemplo, que hoy las economías avanzadas (donde cabe incluir el Estado español) con un 16,6% de la población mundial disfrutan de un 78% del PIB mundial —disponiendo cada uno de los habitantes del primer mundo (como mínimo estadísticamente) de 70 dólares al día. En oposición a lo citado, casi el 57% de la humanidad, que vive en los países más pobres, sobrevive con un 6% del PIB global y cada uno de sus habitantes sobrevive con menos de dos dólares al día. Así, a una década de la caída del muro de Berlín y del triunfo total del capitalismo no se ha observado la tan preconizada reducción de la pobreza. Es más, entre 1987 y 1998 el número de personas en situación de pobreza extrema ha aumentado, siendo la distribución desigual de la riqueza la causa principal de la muerte, desnutrición y hambre que sufren los habitantes de nuestro planeta. Una distribución desigual que, durante las últimas décadas ha sido negativamente dinámica: en 1960 el 20% de habitantes más ricos de la Tierra disponía de una renta 31 veces superior a la del 20% más pobre, mientras que en 1999 la renta del 20% más rico era 83 veces superior a los pobres (Ziegler, 2000, p. 116).

Pero ante esta constatación cabe preguntarse a quién (y cómo) es preciso pedir responsabilidades en un contexto definido por responsabilidades difusas, intereses opacos y actores que no están presentes en la escena pública. Ciertamente siempre existieron dificultades teóricas y prácticas para conciliar la afirmación de un poder estatal soberano con la idea democrática, pero hoy, en un orden de geometría variable y en cambio constante parece aún más difícil. Cómo exigir cuentas a quienes toman decisiones en nombre de otros. ¿Hasta qué punto puede plantearse ahora la democratización de un sistema político globalizado donde existen tantos déficits democráticos?

Hay quien expone que la globalización también aporta alguna oportunidad como, por ejemplo, las posibilidades que ofrecen los nuevos instrumentos técnicos de la información, que posibilitan la aparición de una ciudadanía más instruida, mejor informada y con mayor capacidad de amplificar sus puntos de vista y su presión. Tal como ocurrió en 1998 cuando una profesora de Derecho en la Universidad de Harvard y directora de la organización Global Trade Watch, Lori Wallach, descubrió que se estaba elaborando un tratado sobre inversiones extranjeras —el llamado Acuerdo Multilateral sobre Inversiones (AMI)— que favorecía a los inversores en detrimento de los estados (hasta el punto de que los primeros podían exigir compensaciones por cualquier acción gubernamental que pudiera disminuir sus beneficios) y organizó una campaña de denuncia que rápidamente fue secundada por centenares de organizaciones internacionales, medios de comunicación —como Le Monde Diplomatique— y multitud de ciudadanos. Ante la presión ejercida la iniciativa se paralizó.

La sociedad de la información: ¿oportunidad o quimera? ^[2]

Una de las características consustanciales a la globalización ha sido el incremento exponencial de la capacidad para crear, transmitir y consumir información, y ello hasta el punto que muchos teóricos han definido este fenómeno como el indicador más plástico para anunciar una nueva era; la de la sociedad de la información.

Es en este espacio en el que internet ha surgido como la herramienta emblemática, ya que este instrumento posibilita una intercomunicación masiva que permite poner a disposición de los ciudadanos toda la información necesaria para desarrollar foros de debate y opinión, así como elaborar mecanismos fiables y transparentes de votación y toma de decisiones.

Así, en estos momentos, los conceptos de «democracia electrónica», «parlamento ciudadano» o «teledemocracia» inundan el debate político. Con ello, los tecno-optimistas, defensores de la digitalización de la sociedad, parten de que la participación en la democracia sólo está limitada

Escrito por Salvador Martí i Puig

Jueves, 03 de Febrero de 2000 16:23 -

por cuatro elementos (el tiempo de dedicación, el tamaño de los espacios de debate, el conocimiento necesario y el acceso a los foros y a la información) y que los cuatro pueden solventarse a través de internet. De esta forma, se considera que las nuevas tecnologías permiten abrir espacios de diálogo entre la ciudadanía y, con ello, recuperar el diálogo necesario para que la política sea fruto de una interacción entre todos aquellos interesados en lo público. Así, la utopía del diálogo directo, cara a cara, entre los políticos y los ciudadanos podría dejar de ser un sueño. Pero todo ello puede quedarse en puras especulaciones si no existe una clara voluntad política para que eso ocurra.

Pero a pesar de la mayor o menor voluntad institucional es cierto que cada vez más se crean redes horizontales que permiten la coordinación entre diversos grupos, el intercambio de flujos de información y la organización y desarrollo de acciones concretas. Esta coordinación se efectúa a partir de listas de distribución abiertas, y de webs que centralizan la información de la acción —todo ligado por una amalgama de links por donde fluyen opiniones, contactos, información. En este marco la acción coordinada es el resultado de la suma de las acciones previstas por cada uno de los grupos que intervienen y que, a partir de las líneas generales trazadas en los encuentros, ponen en marcha su creatividad y su capacidad organizativa de una manera completamente autónoma.

Pero, ¿es cierto que esta nueva forma de diálogo es libre, horizontal y autónoma? O, dicho de otra forma, ¿estas iniciativas están libres de control? La respuesta es negativa ya que durante los últimos años las redes de debate alternativo han sido recurrentemente intervenidas. De esta forma, actualmente, ha aparecido una especie de ciberpolicía que ronda y vigila los flujos de información que circulan por la red, atentando a un derecho fundamental como el de privacidad de la comunicación personal. En el sentido expuesto, la impunidad en el control de la información es total y así lo denunciaba *Le Monde Diplomatique* sus páginas. En ellas se informaba sobre la existencia de una enorme red de vigilancia planetaria que responde al nombre de sistema echelon.

Pero más allá del debate sobre la transparencia y liberalidad de la sociedad de la información es preciso pensar también quiénes componen esta sociedad. Es decir, que cabe preguntarse por el llamado el gap electrónico. En esta dirección, el Informe sobre desarrollo humano del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo de 1999 hacía público un balance del acceso mundial a las nuevas tecnologías donde se exponía que tan sólo el 2,4% de los ciudadanos de este planeta son usuarios de internet (alcanzando el 26,3% en Estados Unidos y el 6,9% en el resto de países de la OCDE, mientras que en el resto del mundo las conexiones se concentraban en los ámbitos gubernamentales y en las delegaciones de las ONG).

Ante ello es posible afirmar que internet es otro reflejo de como se reparte la riqueza y el poder. Y así lo muestra el hecho de que el 90% de las conexiones a internet en América Latina se concentren en los sectores con mayores rentas, que el 30% de los usuarios mundiales sean titulados superiores o que el 80% de la información esté en inglés. De esta forma, con independencia de utopías e ilusiones, cabe interpretar internet como un medio de comunicación en manos de los segmentos más privilegiados del planeta cuyo fin último es la creación de un supermercado global al servicio de aquellos que tienen algo que ofrecer o que tienen los recursos necesarios como para comprar. Se trata de la nueva economía.

¿Cómo interpretar los movimientos?

Después de señalar las características de la «nueva» sociedad globalizada cabe preguntarse: ¿Qué son y qué significan los movimientos sociales de resistencia global —también llamados movimientos—? ¿Qué novedades conllevan en el mundo de los movimientos? Para observarlo cabría ver cómo respondemos a las preguntas que plantean las estrategias de análisis desarrolladas por la literatura que trabaja este tipo de actores colectivos, es decir: ¿En qué coyuntura aparecen estos movimientos? ¿Qué tipo de acción colectiva desarrollan? ¿Cómo se organizan los elementos que componen el movimiento? ¿En qué discurso enmarcan sus agravios? Y, finalmente, ¿Con qué finalidades?

Obviamente no corresponde a este apartado desarrollar pormenorizadamente estas preguntas. Con todo, es preciso hacer referencia a la coyuntura en que aparecen, la acción colectiva que despliegan, sus formas de organización, su discurso y, finalmente, qué impacto tienen en la sociedad.

En cuanto a la coyuntura que hoy se ofrece a los movimientos sociales, ésta se caracteriza por una enorme ausencia de espacios de socialización política (ya que durante los últimos lustros los partidos políticos han ido centrando su actividad en funciones cada vez más institucionales) y por una notable capacidad de acceso a arenas institucionales debido a que la lógica de gestión multinivel facilita el contacto con alguno de los interlocutores presentes en el espacio de toma de decisiones. Con todo, los movimientos de resistencia global casi no han tenido acceso a las élites políticas, partidarias ni económicas y, generalmente, han sido tildados de marginales por éstas. Así las cosas, en el caso que nos ocupa, es posible afirmar que las movilizaciones surgieron a pesar de la coyuntura, pues la década de los noventa —después de la caída del muro de Berlín— se caracterizó por la poca relevancia de los espacios de contestación al orden neoliberal, el fracaso de la izquierda tradicional y la hostilidad hacia cualquier anti-proyecto al orden hegemónico.

Epílogo / Los movimientos sociales ante un nuevo paisaje

Escrito por Salvador Martí i Puig

Jueves, 03 de Febrero de 2000 16:23 -

En esta dirección cabe tener en cuenta que —cuando existen— las oportunidades políticas abren el camino para la acción, pero en el caso que nos ocupa han sido los movimientos sociales quienes han creado las oportunidades para ésta. Para ello es preciso concebir la relación entre oportunidades y movimientos sociales de una forma mucho más fluida, impredecible y crucial. Ya que si bien las oportunidades restringen y facilitan la acción colectiva, ésta por sí sola también puede generar oportunidades. Por eso es preciso referirnos a la acción colectiva, a la organización de los movimientos y a su capacidad de generar nuevos discursos.

Respecto a la acción colectiva cabe señalar que cada grupo tiene una historia (y una memoria) propia de la acción colectiva, pues la gente no puede emplear rutinas de acción colectiva que desconoce, ya que en el fondo, las rutinas son productos culturales que —aunque evolucionan— tienden a ser difíciles de cambiar. A pesar de ello, uno de los activos más importantes de los movimientos anti-globalización ha sido su continuada creatividad para generar nuevas formas de acción colectiva con la cual comunicar y transmitir demandas, generar solidaridad e identidad entre sus miembros y, sobre todo, desafiar a sus adversarios.

En este sentido, los movimientos de resistencia global han incorporado al «repertorio» de acción colectiva tradicionales formas nuevas que al ser aprendidas, experimentadas, vividas y asimiladas han terminado por integrarse a la cultura movimientista. En esta dirección cabe destacar la incorporación de las nuevas tecnologías como internet (que supuso la aparición de la primera «guerrilla virtual» ubicada en las profundidades de la selva Lacandona), o la convocatoria de miles de jóvenes en las ciudades donde se celebran foros internacionales con el objetivo de bloquearlos, tal como se observó en Seattle, Washington, Praga, Niza o Davos, donde gentes disfrazadas de tortugas ninja, de árboles o vestidos de tute bianchi actuaban como «nubes de mosquitos» en los accesos de los edificios donde se desarrollaban las convenciones o en los hoteles en que los funcionarios internacionales se alojaban.

Pero, para que esta acción tuviera trascendencia, estos movimientos sociales han tenido que generar una relación simbiótica con los medios de comunicación de masas (con todas sus ventajas e inconvenientes) pues a menudo éstos sólo se preocupan por la acción concreta que realiza un movimiento y no por las razones que lo motivaron o, incluso, distorsionan las demandas.

Así, como resultado de esta dinámica, algunos movimientos anti-globalización han experimentado los efectos de la lógica de los mass media en sus repertorios de acción colectiva. Pues una vez convencidos que el éxito o el fracaso de la protesta está condicionada por el interés que muestren los medios sobre ella no cabe duda que la organización, el repertorio, el discurso y la simbología de los movimientos se ha adaptado a la nueva realidad mediática tal como lo ejemplifican alguna de las acciones paradigmáticas de los últimos años, como por ejemplo, la «colgada» de un miembro de la Plataforma O'7% de Lleida con una tienda de campaña flotante en el campanario de la Seu de Lleida durante 23 días para pedir una Ley de Cooperación transparente; el hecho de que la mayoría de los manifestantes en las cumbres de Praga o Washington estuvieran disfrazados o dieran un tono festivo a la convocatoria; o que la Confédération Paysanne inundara los Campos Elíseos de París con ovejas y que su líder, José Bové, demoliera la incipiente construcción de un establecimiento de la cadena McDonald's en la pequeña localidad francesa de Millau.

En cuanto al tamaño y organización de estos movimientos queda claro que éstos sólo son grandes en un sentido meramente nominal, ya que en realidad se parecen mucho más a una especie de maraña entrelazada de pequeños grupos, redes sociales y conexiones. Por eso cuando se analiza el movimiento contra la deuda externa o el zapatismo su estudio no puede circunscribirse a las organizaciones que los lideran (el llamado núcleo duro o emprendedor), pues si así lo hiciéramos nos quedaríamos sólo con la «raspa» del movimiento.

De esta forma es importante observar el entorno del que fluyen los militantes de que se nutren los movimientos anti-globalización. El entorno lo configuran los núcleos sociales de micro-movilización (también llamados comunidades de acción colectiva crítica, CACC), que es donde se establecen los vínculos a partir de los cuales la gente se compromete, genera lazos y decide emprender determinadas movilizaciones.

Pero una vez localizadas las CACC es necesario estudiar aquello que hace posible la aparición de coaliciones sociales holgadas que ponen en marcha amplios ciclos de movimiento. Es en este tema que aparece el dilema de crear organizaciones que sean suficientemente firmes como para resistir a sus oponentes pero lo bastante flexibles como para cambiar con arreglo a las circunstancias y nutrirse de la energía de sus bases en un contexto en el que generalmente no existe un cuadro permanente de activistas de base. Sobre ello se ha discutido mucho sobre las ventajas que ofrecen las nuevas tecnologías al entorno organizativo.

Epílogo / Los movimientos sociales ante un nuevo paisaje

Escrito por Salvador Martí i Puig

Jueves, 03 de Febrero de 2000 16:23 -

Ya es un lugar común exponer que hoy la mayor parte de movimientos sociales anti-globalización del mundo utilizan internet como una forma privilegiada de acción y de organización. Y si bien sabemos que internet es simplemente un instrumento, también cabe añadir que lo que éste confiere a los movimientos es una herramienta de comunicación que permite la flexibilidad y la temporalidad de la acción manteniendo al mismo tiempo un carácter de coordinación y una capacidad de enfoque de esa movilización; la difusión extensiva de los códigos culturales y de valores (como el medio ambiente, el ecologismo, las mujeres o los derechos humanos) a través de la transmisión instantánea de ideas en un marco que permite la coalición y la agregación; y la posibilidad de proponer trincheras de resistencia en sociedades locales, haciendo a la vez relevantes las experiencias cotidianas en el resto del mundo y permitiendo su articulación con muchas otras protestas que acaban aterrizando en algún lugar del mundo —por ejemplo, en Seattle, Washington, Praga, Barcelona o Niza. Así, internet es la conexión global y local (Castells, 1998).

Pero con ello no se puede afirmar que las comunidades sean producto del internet, sino que éste es sólo un instrumento que desarrolla pero no cambia los comportamientos. Internet sólo amplifica y potencia las conductas a partir de lo que son. Una de las constataciones descubiertas cuando se ha intentado medir qué influencia tiene internet sobre la sociabilidad, se ha encontrado algo que contradice los mitos sobre la web. Es lo que se llama «cuanto más, más...», es decir, cuánto más red social física se tiene, más se utiliza internet; y cuanto más se utiliza internet, más se refuerza la red física que se tiene. Es decir, que hay personas y grupos de fuerte sociabilidad en los que es correlativa la sociabilidad real y la virtual (Castells, 2000). En este sentido, sí bien es importante tener en cuenta a la red virtual para comprender los movimientos sociales contra la globalización y para una sociedad más justa, es necesario observar previamente la existencia de unos «valores» de los que éstos partan. Es decir, internet no creó al Subcomandante Marcos, al Movimiento de Resistencia Global, a Public Citizen ni a Human Rights Watch, pero sin internet éstos nunca hubieran sido lo que hoy representan.

Y, finalmente, es preciso observar a los estos movimientos como generadores de discurso. Pues la movilización depende de «cosmovisiones» compartidas, pues los agravios e injusticias sociales por sí solos no son suficientes para el inicio de la acción política, sino que tiene que existir una conciencia de la situación y un discurso social que lo relacione con determinadas políticas.

En esta dirección es necesario un discurso que haga las tres tareas. La primera es la de diagnóstico, que supone explicar la realidad a través de determinados valores que visualicen los agravios. La segunda es la de elaborar un pronóstico optimista en caso de que medie una acción colectiva. Y la última tarea es la de motivar a los individuos para que se movilicen. Se trata, en definitiva, de impactar y redefinir las creencias sociales compartidas que configuran el «sentido común» y hacer que 'se actúe de acuerdo con éste.

Así, el éxito de los movimientos sociales se relaciona con la capacidad de introducir determinados temas y percepciones en las creencias ya existentes en la población como, por ejemplo, hizo la campaña de Jubileo 2000 ante una comunidad crecientemente sensibilizada por las desigualdades entre el Norte y el Sur del planeta, o la propuesta de Amnistía Internacional de crear una Tribunal Penal Internacional después de lo acontecido en los Balcanes o en la región de los Grandes Lagos.

De esta forma, el «nuevo» discurso pretende impactar en la acción colectiva como un dispositivo que redefine como injusto lo que previamente era considerado desafortunado. Pues una tarea fundamental de los movimientos sociales es convencer que las indignidades de la vida cotidiana no están escritas en las estrellas, sino que pueden ser atribuidas a alguna política, autoridades o grupo de interés, y de que pueden cambiar por medio de la acción colectiva.

En este sentido cabe definir a los movimientos sociales como agentes que desafían el discurso dominante y que movilizan a determinados sectores de la sociedad, tal como lo ejemplificó la Red Ciudadana para la Abolición de la Deuda Externa (RCADE) al convocar a la ciudadanía a una Consulta Social. Para ello la RCADE partió de un discurso que exponía un mundo dividido entre un Norte poderoso y un Sur dependiente, donde los países del Norte concentran la riqueza y controlan las instituciones multilaterales (como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional) que dictan las políticas que impiden el desarrollo de los países del Sur. Lo que la RCADE generó fue una visión del «estado del mundo» a través de un diagnóstico donde la actitud de las autoridades del Norte es una de las razones de la situación de miseria que vive la mayoría de los habitantes del Sur. Y que, por tanto, la miseria que hoy padece el 68% de la población del planeta no era una fatalidad, sino el fruto de un orden que puede cambiarse si se lucha en la dirección adecuada —como, por ejemplo, participando en la Consulta Social para la Abolición de la Deuda Externa celebrada el 12 de marzo del 2000 o organizando otras similares tal como aconteció meses más tarde en Brasil.

Epílogo / Los movimientos sociales ante un nuevo paisaje

Escrito por Salvador Martí i Puig

Jueves, 03 de Febrero de 2000 16:23 -

En este sentido la RCADE interpretó la realidad (a través de un mundo dividido entre Norte y Sur), hizo un diagnóstico (la necesidad de cambiar las políticas de dominio del Norte para con el Sur) y expuso medidas concretas (la abolición de la deuda) que sólo podían conseguirse a través de la movilización ciudadana.

Pero para incitar a la acción es necesario elaborar una «retórica movilizadora» en contraste a una «retórica intransigente». La retórica intransigente apela a tres temas fundamentales: el riesgo, la futilidad y los efectos perversos. El riesgo supone exponer que cada vez que intentamos cambiar algo se corre el riesgo de perder lo que ya se tiene, y que por tanto, la inactividad es la postura más prudente puesto que el riesgo de perder lo acumulado es mucho más previsible que las posibles ganancias. La futilidad expresa que no existen oportunidades de cambio, y desde esta óptica cualquier tipo de acción no es sino una pérdida de tiempo y recursos. Y los efectos perversos están relacionados con la idea de que cualquier tipo de actuación pensada para el cambio no hará sino empeorar las cosas.

Para compensar esta «retórica reactiva» los activistas de los movimientos sociales recurren a una retórica optimista del cambio que apela a la urgencia a través de frases como: «si no actuamos ahora cada vez será más difícil conseguir cambios». Se trata de exponer que la acción tiene sus riesgos, pero que permanecer inactivos es mucho más arriesgado aún, tal como apelan repetidamente los ecologistas de Greenpeace o de Ecologistas en Acción al exponer que movilizarse tiene sus costes, pero que restar pasivos ante este ritmo de depredación planetaria supone la debacle.

Obviamente, quienes elaboran el discurso movilizador sobreestiman la existencia de oportunidades políticas. Es decir, que generan prejuicios sistemáticamente optimistas semejantes al fenómeno de ver siempre «la botella medio llena». Pero de hecho, sólo las percepciones poco realistas de lo que es posible pueden alterar lo posible. Se trata de enarbolar la frase de «¡lo conseguimos porque no sabíamos que era imposible!» Y si bien ello puede parecer ingenuo, en el fondo, se trata del mismo principio que apela Max Weber en su ensayo La política como vocación diciendo que: «la política consiste en una dura y prolongada lucha para abrirse paso a través de tenaces resistencias (...) Es completamente cierto, y así lo prueba la historia, que en este mundo no se consigue nunca lo posible si no se intenta lo imposible una y otra vez...»

Finalmente, antes de abandonar el tema, es preciso detenerse en la cuestión de los resultados de la actividad de los movimientos anti-globalización, pues después de todas las preguntas planteadas cabe preguntarse: ¿Todo ello qué frutos produce? o ¿Tanto follón para qué?

Y ello es muy importante porque a los movimientos se les atribuyen múltiples transformaciones en todos los ámbitos de lo político. En el simbólico, con cambios en los sistemas de valores, en las opiniones, y en la formación de nuevas identidades colectivas. En el mapa de los actores, con la capacidad de hacer emerger nuevos actores políticos o de generar cambios en la estructura de representación política y en los sistemas de alianzas. En el institucional, con la habilitación de nuevos espacios y mecanismos estables de negociación con autoridades. Y en las políticas públicas, empujando (o bloqueando) el cambio de ciertas políticas gubernamentales

En el caso que nos ocupa queda claro que los movimientos de resistencia global han elaborado una nueva simbología de resistencia ante un orden de cosas que, desde finales de los años ochenta, parecía indiscutido. Ciertamente, desde la caída del muro de Berlín, los gobernantes y los directivos de las agencias multilaterales elaboraron la retórica de que las políticas que se estaban ejecutando eran «las únicas posibles» y que, por tanto, no había espacio para la oposición, la disidencia o la simple discusión. Con todo, la aparición de estos movimientos ha supuesto la aparición de grietas en este discurso hasta el punto de que en los últimos foros internacionales (desde Seattle a Praga) los mismos dirigentes del Fondo Monetario Internacional y más de un presidente del G-7 expusieron (en un ejercicio de humildad) que quienes se manifestaban en las calles también tenían sus razones y motivos.

En cuanto al mapa de actores y su impacto en las instituciones, la aparición de los movimientos de resistencia global han supuesto una «revolución» en el plácido magma en qué hasta la fecha vegetaban muchos partidos, representantes institucionales y grupos de interés. Con su aparición muchos actores tuvieron que posicionarse sobre temas que hasta la fecha no estaban en la «agenda», a la vez que aparecían fenómenos inimaginables (como guerrillas cuya única arma era la transmisión de manifiestos que se filtraban por la red) y se celebraban nuevos foros de debate que planteaban otra forma de concebir la política, la ciudadanía y la globalización como los Encuentros intergalácticos por la humanidad y contra el neoliberalismo o el Foro Social Mundial celebrado en Porto Alegre.

Escrito por Salvador Martí i Puig
Jueves, 03 de Febrero de 2000 16:23 -

Lo que aún queda por observarse es el impacto de estos movimientos en las políticas de los gobiernos y en las instituciones multilaterales, y ello a pesar de que no es nada fácil identificar los resultados políticos concretos que se derivan de la acción colectiva de un movimiento, dado que en la formulación final de los «productos» se entrecruza la voluntad y la actividad de muchos otros actores políticos. Así, quizás necesitaremos cierta distancia temporal para poder ver en perspectiva cuáles fueron los resultados de las «campañas» para la abolición de la deuda externa, el fruto de avasallar las cumbres celebradas por la OMC, el BM y el FMI o la fructificación de las ideas alternativas que de forma masiva e instantánea circulan en la red.

¿Qué tipo de movimientos nos depara el siglo XXI?

Finalmente, a la vista de lo expuesto, parece que la aparición de las redes de resistencia global contradice la hipótesis elaborada durante los años noventa de que los «nuevos» movimientos sociales (pensando básicamente en la mayoría de las ONG que aparecieron durante la década pasada) habían debilitado su enfrentamiento con las instituciones políticas, habían retirado al Estado de la «galería de los culpables» y habían naturalizado la marginación presentándola como una inevitable consecuencia de los méritos y deméritos individuales. Y que, fruto de ello, estos movimientos de nuevo cuño focalizaban sus reivindicaciones en un problema particular, renunciando a respuestas globales, a la par que pretendían asumir funciones dirigidas al bien común en alguno de los «nichos» de acción.

Frente a la hipótesis expuesta, parece emerger otra que augura la aparición de nuevos movimientos de carácter radical que presentan un discurso holístico, confrontativo y global. En esta clasificación estarían las «redes de resistencia global» a que nos hemos referido a lo largo de este trabajo.

Con todo, es difícil separar nítidamente unos movimientos de otros ya que si observamos atentamente quienes componen las «redes de resistencia global» podemos encontrarnos con la sorpresa de que los integrantes de ésta sean la constelación de ONG locales que, en su ámbito más cercano, dedican a satisfacer y paliar las necesidades generadas por la vulneración de derechos y activos en el espacio inmediato en que están cotidianamente insertos.

Así las cosas, aparecen nuevamente dos cuestiones recurrentes en el estudio de este tipo de actor colectivo. Por un lado, la dificultad de distinguir en los movimientos sociales entre «el todo» y «las partes» y, por otro lado, la complejidad y simultaneidad de intereses e identidades que tienen cada uno de sus miembros. Por todo ello, si tuviera que escoger una imagen que sintetizara la naturaleza de los movimientos sociales optarla por la de un caleidoscopio. En ella se puede distinguir, por un lado, la plasticidad generada por la posición que ofrece el conjunto de elementos (el todo) y, por otro, cada uno de éstos, con su propia entidad. Pero cuando creemos que hemos aprehendido las características de la composición cromática de la imagen retenida un leve movimiento transforma completamente su forma.

Para terminar, sólo cabría exponer la dificultad de clasificar estos movimientos en base a una lógica temática, pues si bien cada uno gravita al rededor de una demanda concreta (el medioambiente, los derechos humanos, el género, el acceso a la tierra, las cuestiones Norte-Sur, etc..) la lógica de sus discursos es transversal. Es decir, que cada uno de los movimientos utiliza una de las reivindicaciones expuestas para luego desarrollar un discurso holístico y genérico. Por ello, lo más conveniente es exponer las direcciones de los «servidores alternativos» y las páginas web de algunos de los movimientos y organizaciones más emblemáticas para que sea cada uno de los interesados quien elabore su propia una idea de la variada fauna de que nutre el heterogéneo mundo de los flujos en rebeldía que circulan sin parar por las redes de información.

Movimientos y/o organizaciones

Confédération Paysanne: www.confederationpaysanne.fr

John Zerzan: www.spunk.org/library/writers/zerzan/index.htm

Epílogo / Los movimientos sociales ante un nuevo paisaje

Escrito por Salvador Martí i Puig
Jueves, 03 de Febrero de 2000 16:23 -

Campaña Internacional para la prohibición de minas antipersonales: www.icbl.org

Médicos sin fronteras: www.msf.com

EZLN: www.ezln.org

Amnistía Internacional: www.a-i.es

MST: www.mst.org.br

Public Citizen: www.publiccitizen.org

Oxfam Internacional: www.oxfam.org

Attac: www.attac.org

Human Rights Watch: www.hrw.org

Red Ciudadana para la abolición de la deuda externa: www.rcade.org

Foros de debate y proposiciones

Forum Social Mundial de Porto Alegre un outro mundo é possível; www.forumscialmundial.org.br

Portales y servidores alternativos

Plataformas antiglobalización: www.destroyimf.org , www.rebellion.org , www.movimient0s.org

ONG del Estado español: www.nodo50.org , www.pangea.org www.xarxa.net

Observatorios de control: www.corpwatch.org www.debtwatch.org

Bibliografía

Beck, U. (1998), ¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas de la globalización, Barcelona, Paidós.

Castells, M. (1998), La era de la información. Economía, sociedad y cultura, Vol, 2, Madrid, Alianza.

— (2000), «Internet y la sociedad red», en: Llénc inaugural del programa de societat de la informado i el coneixement, <http://www.uoc.es/web/car/arricies/castells/print.html>

HIRSCHMAN, A. (1991), The Kethoric of reaction, Cambridge, Harvard University Press..

ÍBARRA, P. Y GrAU, E. (2000), Una mirada sobre la red. Anuario de movimientos socia-les, Barcelona, Icaria.

McADAM, D. McCARTHY, J. Y Zald, M. (1999), Movimientos sociales: perspectivas comparadas, Madrid, Istmo.

Monedero, JC.(1999), «Apocalípticos e integrados frente a la globalización», en Revista de Libros #27.

RIECHMAN, J. Y FERNÁNDEZ BUEY, F. (1994), Redes que dan libertad. Una introducción a los nuevos movimientos sociales, Barcelona, Paidós.

ScOTT, J. (2000), Los dominados y el arte de la resistencia, México, ERA.

Tarrow, S. (1997), Poder en movimiento. Movimientos sociales, acción colectiva y polí-tica de masas en el estado moderno, Madrid, Alianza.

Valles, JM. (2000), Ciencia política. Una introducción, Barcelona, Ariel.

XCADE (2001), La Consulta social per l'abolició del deute extern, Barcelona, Mediterrània.

Ziegler, J. (2000), La fam al món explicada al meu fill, Barcelona, Edicions 62.

Epílogo / Los movimientos sociales ante un nuevo paisaje

Escrito por Salvador Martí i Puig

Jueves, 03 de Febrero de 2000 16:23 -

[1] Profesor de ciencia política de la UAB.

[2] La mayoría de las hipótesis planteadas en este epígrafe están apuntadas en el texto que elaboró Juan Martínez, profesor de la Cátedra Unesco de la UPC, para el libro de la Consulta de la Deuda editado y publicado por la red ciudadana (XCADE, 2001).